

# ***Intertextualité: treinta años después\****

*Desiderio Navarro\*\**

A Julia Kristeva,  
con la misma admiración de entonces.

PARÍS, ABRIL DE 1967. Corre el periodo de efervescencia revolucionaria que precedió y condujo a Mayo del 68 y en el que una joven y brillante teórica búlgara, recién establecida en Francia, Julia Kristeva, junto a otros escritores izquierdistas del círculo de Tel Quel, lucha, apelando al marxismo, el psicoanálisis y la lingüística, contra la ideología burguesa de la autonomía y la identidad del sujeto individual, de la clausura del texto y de su sentido, así como contra la expresión de esa ideología en la tradicional *explication de textes* académica y en el estructuralismo literario estático. Al igual que su compatriota Tzvetan Todorov, también recién llegado, es una gran concedora de la cultura francesa que, al insertarse en la vanguardia teórica de ésta, no sólo sigue asimilándola críticamente en profundidad, sino que ahora también comienza a enriquecerla con sus obras y, también, con sus conocimientos de la ciencia literaria y la semiótica eslavas. La prestigiosa revista *Critique*, en su número 239, publica el artículo “Bajtín, la palabra, el diálogo, la novela”, escrito por la Kristeva en 1966. Formalmente, se trata sólo de una reseña y comentario de

\* Con el consentimiento del autor, reproducimos el estudio introductorio al volumen que, lamentablemente, no ha circulado ampliamente entre nosotros, *Intertextualité: Francia en el origen de un término y el desarrollo de un concepto* (La Habana, 1997). En estas apretadas líneas se propone un verdadero programa de investigación respecto de las diversas concepciones del término y de los “niveles de intertextualidad”, tal como aparecen formulados en los materiales que Desiderio Navarro ha revisado, comentado y finalmente traducido a partir de seis lenguas: eslavas, germánicas y romances. Una pieza fundamental en el análisis de la “difusión” y reapropiaciones sucesivas de un neologismo que aún suscita fuertes polémicas, *intertextualidad* [N. del E.].

\*\* Director de la revista *Criterios*.

dos libros, *Problemas de la poética de Dostoievskyy La obra de François Rabelais*, del todavía entonces internacionalmente desconocido pensador soviético Mijail Bajtín, publicados en ruso en Moscú, en 1963 y 1965 respectivamente; sin embargo, el artículo, además de llamar la atención francesa e internacional acerca de la extraordinaria riqueza e importancia del pensamiento de Bajtín, inicia un muy personal aprovechamiento de la concepción bajtiniana de la *dialoguichnost'* (dialogicidad) —estrechándola, por una parte, y ampliándola, por otra, para hacer de ella una práctica crítica subversiva, políticamente transformadora, como bien ha señalado Manfred Pfister.<sup>1</sup> Su replanteamiento radical, entre otras cosas, hace desaparecer, tras la relación intertextual, lo fundamental para Bajtín: el diálogo entre personalidades, entre sujetos discursivos reales o potenciales. Y en su artículo ello se hace visible cuando apela a la acuñación y primera introducción explícita del término *intertextualité*, precisamente para presentar lo que, según ella, es:

[...] un descubrimiento que Bajtín es el primero en introducir en la teoría literaria: todo texto se construye como mosaico de citas, todo texto es absorción y transformación de otro texto. En el lugar de la noción de intersubjetividad se instala la de *intertextualidad*, y el lenguaje poético se lee, por lo menos, como *doble*.<sup>2</sup>

Cierto es que, ya desde la Antigüedad, en todos los tiempos había habido términos y conceptos para determinadas formas de relaciones concretas entre

<sup>1</sup> Véase “Von Bachtins ‘Dialogizität’ zu Kristevas ‘Intertextualität’”, primera unidad de su estudio “Konzepte der Intertextualität”, en *Intertextualität. Formen, Funktionen, anglistische Fallstudien*, U. Broich y M. Pfister (eds.), Tübinga, Max Niemeyer, 1985, pp. 1-11.

<sup>2</sup> J. Kristeva, “Bakhtine, le mot, le dialogue et le roman”, *Critique*, núm. 239, abril de 1967, pp. 440-441. Sin embargo, en uno de los libros glosados por la Kristeva, *Problemas de la poética de Dostoievskyy*, Bajtín había subrayado repetidamente que “las relaciones lógicas y de sentido objetual [predmetno-smyslovyje] deben [...] devenir posiciones de diversos sujetos expresadas en la palabra, para que entre ellas puedan surgir relaciones dialógicas” (Moscú, Judozhestvennaia Literatura, 3ra. ed., 1972, pp. 312-313). Otro texto publicado en 1979, “El problema del texto en la lingüística, la filología y otras ciencias humanísticas. Ensayo de análisis filosófico”, diríase que replica directamente a la Kristeva, si no hubiera sido escrito entre 1959 y 1961: “El acontecimiento de la vida del texto, es decir, su auténtica esencia, siempre se desarrolla en la frontera entre dos conciencias, entre dos sujetos” (M.M. Bajtín, *Literaturno-kriticheskie stat'i*, Moscú, Judozhestvennaia literatura, 1986, pp. 477, el subrayado es de Bajtín).

un texto y otro(s) —parodia, centón, palinodia, paráfrasis, travesti, pastiche, alusión, plagio, collage, etcétera—, pero el inmediato éxito del nuevo término generalizador demuestra que éste hizo posible la clara visualización de una nueva problemática teórica independiente, que interconecta desde el punto de vista semiótico no sólo las formas tradicionales y modernas de la intertextualidad ya aisladamente descritas y bautizadas, sino también las que están siendo creadas por la praxis literaria viva —la posmodernista, por ejemplo, que ha hecho de la intertextualidad un verdadero objeto de culto, hasta convertirse con frecuencia, más que en la “cámara de ecos” del texto barthesiano, en un “pla(y)giarism”, en un “canibalismo aleatorio de todos los estilos pasados”, para utilizar sintéticas descripciones de Federman y Jameson.

Sin embargo, ya ese uso de “intertextualidad” en calidad de un “mero” supraconcepto “taxonómico” científicoliterario, de poética descriptiva, se aparta del propósito original de la Kristeva. Y es que teóricos como Genette, Riffaterre, Hempfer o Bloom, han restringido el concepto kristeviano en ese y otros sentidos, frente a los “panintertextualistas” postestructuralistas como el último Barthes, Derrida, Culler, Leitch o Grivel. No hace mucho, Hans-Peter Mai señalaba que “dos definiciones contradictorias prevalecen y están en guerra entre sí”, refiriéndose a la controversia que Manfred Pfister había presentado como “intertexto universal  $\times$  intertextualidad específica”, esto es, la intertextualidad como propiedad ontológica de todo texto o como cualidad de ciertos textos particulares o ciertos tipos de textos. Y dedicaba todo un ensayo a argumentar que “una concepción restringida del término, como la que se ha desarrollado con la intención de hacer más aplicable el concepto, no sólo es contraria a la intención original de Julia Kristeva, quien propuso el término, sino que tampoco posee ninguna ventaja heurística importante sobre los enfoques más tradicionales”.<sup>3</sup>

El aprovechamiento que, como la dialogicidad bajtiniana a manos de la Kristeva, sufrió a su vez la intertextualidad kristeviana, no siempre ha tenido un nivel científico respetable: no han faltado los que emplean como sinónimos “intertextualidad” y “dialogicidad” o “dialogismo”, ni los que llaman análisis intertextuales a los más tradicionales trabajos de mera búsqueda de “fuentes” o

<sup>3</sup> Hans-Peter Mai, “Bypassing Intertextuality: Hermeneutics, Textual Practice, Hypertext”, en *Intertextuality*, Heinrich F. Plett (ed.), Walter de Gruyter, Berlín/Nueva York, 1991, p. 30.

“influencias”. Hasta tal punto llegó el empleo abusivo y falaz del término, que ya en 1974 su propia creadora decidía abandonarlo y emplear otro en su lugar:

El término de *intertextualidad* designa esa transposición de uno (o de varios) sistema(s) de signos a otro; pero, puesto que ese término ha sido entendido a menudo en el sentido banal de “crítica de las fuentes” de un texto, preferimos el de *transposición*, que tiene la ventaja de precisar que el paso de un sistema significante a otro exige una nueva articulación de lo tético —de la posicionalidad enunciativa y denotativa.<sup>4</sup>

Sin duda, un efecto colateral de la entusiasta acogida mundial que ha tenido el neologismo es que —como antes, por ejemplo, el sufijo *-ema*— ha estimulado la creatividad y la receptividad terminológicas en las ciencias culturales. Por una parte, ha contribuido al surgimiento de otros términos que, encerrando el mismo prefijo *inter-*, designan *relaciones análogas* entre *elementos o aspectos textuales* más particulares o más generales: intertitularidad, interfiguralidad, [interpersonalidad], interdiscursividad, intermedialidad, interautoridad, intersemantividad, intersemiotividad, intercontextualidad... Por otra, ha propiciado la aparición y difusión —la moda, podríamos decir— de términos que, apelando a otros prefijos, designan *otras relaciones* entre textos: paratexto, metatexto, architexto, intexto, hipertexto, genotexto, autotexto, prototexto, antetexto, peritexto, cotexto, epitexto, postexto, hipotexto, macrotexto, transtextualidad...

Durante los últimos treinta años, el término y el concepto de intertextualidad, su desarrollo, su discusión, su aplicación analítica a obras concretas, han dado origen a una abundante literatura en numerosas lenguas —del francés, el inglés y el alemán, al croata, el finlandés y el hebreo—, de la cual sólo unos contados textos han sido vertidos a nuestro idioma, mientras que la gran mayoría ellos —en su original o en su traducción al español— permanecen dispersos y difícilmente accesibles, por razones lingüísticas y/o económicas, en librerías y bibliotecas del extranjero. Entretanto, la bibliografía sobre la intertextualidad sigue creciendo ininterrumpida y aceleradamente, con complicaciones y eclosiones que un estudioso del tema, el alemán Heinrich Plett, resumió así hace apenas cinco años:

<sup>4</sup> J. Kristeva, *La Révolution du langage poétique*, Seuil, París, 1974, pp. 59-60.

Actualmente, “intertextualidad” es un término de moda, pero casi todo el que lo usa lo entiende de una manera algo diferente. La multitud de publicaciones sobre el asunto no ha logrado cambiar esta situación. Al contrario: su número creciente no ha hecho más que aumentar la confusión. Un cuarto de siglo después de que el término fue acuñado de una manera más bien casual (Kristeva 1967), está empezando realmente a florecer.<sup>5</sup>

Además de libros monográficos enteros, como *Palimpsestos* de Genette o *Entre estilos* de Stanislaw Balbus, y de cientos de artículos sueltos, se vienen publicando números monográficos de revistas (*Poétique*, 1976; *New York Literary Forum*, 1978; *Shmeiwtikh. Trudy po znakovym sistemam*, 1981; *Littérature*, 1981, 1984, 1988; *Revueles Sciences Humaines*, 1983; *Texte*, 1983; *Canadian Review of Comparative Literature*, 1984; *American Journal of Semiotics*, 1985; *Poetica*, 1987; *Style*, 1989, etcétera), recopilaciones de autores varios (*Intertextuality: New Perspectives in Criticism*, 1978; *Dialogizitat*, 1982; *Dialog der Texte*, 1983; *Intertextualitat*, 1985; *Intertextuality: Theories and Practices*, 1990; *Influence and Intertextuality in Literaty History*, 1991; *Intertekstuaalisuus. Suuntia ja sovelluksia*, 1991; *Miedzy tekstami*, 1992; *Intertextuality in Literature and Film*, 1994, etcétera) y bibliografías (las de Don Bruce, 1983; Udo J. Hebel, 1989; Hans-Peter Mai, 1991; Maureen Hawkins, 1993...).

Al mismo tiempo, el estudio de la intertextualidad, inicialmente centrado en la literatura, se ha ido extendiendo cada vez más a otras artes y fenómenos culturales: el cine (gracias a Metz, Iampolski...), las artes plásticas (por obra de Steiner, Calabrese, Weisstein, Bryson...), la música (con los trabajos de Karbusicky, Hatten...), el teatro, la televisión, etcétera. Por otra parte, las diversas pero estrechas relaciones del fenómeno de la intertextualidad con tendencias y problemas teóricos de la máxima actualidad, como el posmodernismo, el postestructuralismo, el desconstruccionismo, la cultura carnavalesca, la metaficción o el interculturalismo, pero también la intensa intertextualidad de mucha literatura y arte de nuestro fin de siglo, han sobredeterminado la popularidad del tema y se ven abordados por una considerable bibliografía. El interés por la intertextualidad se ha extendido también a las más recientes

<sup>5</sup> Heinrich F. Plett, “Intertextualities”, en *Intertextuality*, H.F. Plett (ed.), Walter de Gruyter, Berlín-Nueva York, 1991, p. 3. Hay una traducción al español, por D. Navarro, en el número especial de *Criterios* en saludo al VI Encuentro Internacional Mijaíl Bajtín (México, del 5 al 9 de julio de 1993).

líneas investigativas como son los estudios feministas, postcoloniales, gay, lesbianos, raciales, y de oralidad. Así, hoy podemos hallar trabajos titulados “Un mapa para la relectura: la intertextualidad desde la perspectiva de una ciencia literaria feminista”, “La intertextualidad lesbiana”, “Irrupción: una introducción a raza e intertextualidad”, “Intertextualidad e identidad cultural”, y así sucesivamente.

Por último, la diversificación temática de los análisis intertextuales de obras y autores concretos va hoy día desde la Biblia, *La Ilíada* y Aristófanes, pasando por las novelas medievales del ciclo del rey Arturo, Dante, *Don Quijote*, Shakespeare y el drama Noh, hasta llegar a Zola, Baudelaire, Wilde, Joyce, Eliot, Rilke, Proust, Bábel, Maiakovski, Hemingway, Beauvoir, Nabokov, Celan, Handke, Gombrowicz, Grass, Claude Simon, Heiner Müller, Bath, Barthelme, Saramago, Mongo Beti y Césaire, entre muchos otros no menos diferentes entre sí. También han sido objeto de estudio intertextual importantes autores contemporáneos de lengua española, como nuestro Alejo Carpentier, Borges, Vargas Llosa, Juan Goytisolo y Gabriel García Márquez, a quien se han dedicado ya dos libros monográficos con ese enfoque: *La ficción de Gabriel García Márquez: repetición e intertextualidad* (1993), de Edward Waters Hood, y *La intertextualidad en García Márquez* (1994), de Arnold M. Penuel. Entre los primeros autores cubanos que han sido examinados desde el punto de vista de la intertextualidad, se hallan tres poetas de épocas y obras muy diferentes: Julián del Casal, Dulce María Loynaz y Luis Rogelio Noguera. El artículo “Aspectos lógicos de la intertextualidad: para un enfoque semiótico de la poesía de Julián del Casal”, de Hans-George Ruprecht, publicado en francés, en 1977, en la revista *Dispositio* (núm. 2/4, pp. 1-27), parece ser el primer trabajo que abordó las relaciones intertextuales en la obra de un escritor cubano. Entretanto, el primer trabajo acerca de la intertextualidad publicado por un investigador de origen cubano es, al parecer, el artículo teórico “Apuntes para un modelo de la intertextualidad en literatura”, de Gustavo Pérez Frimat, que apareció en 1978, en *Romanic Review* (núm. 69, pp. 1-14). No somos categóricos en estas dos últimas afirmaciones, pues así lo impone la lamentable carencia de una bibliografía de los estudios intertextuales sobre/de autores cubanos, latinoamericanos o hispanófonos en general, cuya elaboración ya, más que deseable, es necesaria. Sólo en 1986 se publicaría por vez primera en Cuba, en la revista *Casa de las Américas* (núm. 154, pp. 145-151), un estudio de un investigador cubano sobre la intertextualidad —sobre sus formas y funciones en la obra de

un escritor cubano—: el artículo “Intertextualidad, canon, juego y realidad histórica en la poesía de Luis Rogelio Noguera”, presentado en el Fórum de Poesía de la UNEAC (octubre de 1985) por el autor de estas líneas. Sin embargo, no puede hablarse de una recepción cubana tardía de los textos de la Kristeva.

En efecto, ya en 1970 se hallaban en La Habana, traídos separada pero directamente de París por los críticos y poetas Basilia Papastamatíu y Roberto Fernández Retamar, entre muchas otras novedades teóricas francesas, dos ejemplares del primer libro publicado en Francia, el año anterior, por Julia Kristeva, *Shmeiwtklr. Recherches pour une sémanalyse*, que recogía el mencionado artículo de 1967 sobre Bajtín, así como un ejemplar de *Théorie d'ensemble* (1968), volumen colectivo del grupo Tel Quel que incluía otro artículo de la Kristeva concerniente, entre otras cosas, a la intertextualidad: “Problemas de la estructuración del texto”. Y poco después vendría a sumarse un ejemplar de la edición en francés de *La poética de Dostoievsky* (1970), de Mijaíl Bajtín, con prólogo de la propia Kristeva. El autor de estas líneas fue uno de los que tuvo generoso acceso a esos materiales, así como a otros del grupo Tel Quel, Todorov, Greimas, Genette, Derrida, Foucault... De inmediato comencé, paralelamente a mi trabajo de investigador y crítico, una labor de traducción y divulgación que vendría a convertirse en una constante en mi vida hasta la fecha. Primero fueron, ya en 1971, en *La Gaceta de Cuba* y *Unión*, tres textos tomados precisamente del Tel Quel (Todorov, Baudry y un documento colectivo del grupo). Y ya estaba en imprenta, en galeras que aún conservo, “La expansión de la semiótica”, de Julia Kristeva, cuando la radicalización, recién oficializada en el Primer Congreso de Educación y Cultura (1971), el viraje político-cultural iniciado en 1968, determinó su exclusión de las páginas de *La Gaceta de Cuba* e hizo de la Kristeva de entonces uno más de aquellos teóricos occidentales enemigos, seudoizquierdistas, colonizantes, diversionistas, que no se debía publicar. Como oportuna y típica legitimación para esa exclusión, ya el narrador César Leante, hoy emigrante contrarrevolucionario, se había personado ante la dirección de la UNEAC para denunciar a los escritores de Tel Quel como “agentes de la CIA” y condenar su publicación en *Unión*. Felizmente, todavía en el número de la revista *Casa de las Américas* correspondiente a marzo-abril de 1972, Roberto Fernández Retamar había podido publicar, bajo la protectora rúbrica de “Semiótica y marxismo” y junto a textos de Rossi Landi y tres teóricos estructuralistas de la Europa socialista (Lotman, Uspenski y Mukarovský), el que quedaría como el único texto de la Kristeva

dado a conocer en Cuba: “La semiótica, ciencia crítica y/o crítica de la ciencia”. Así, los trabajos suyos más particulares que abordaban la intertextualidad quedarían inéditos entre nosotros.

En adelante y hasta el fin del periodo en 1983 —con el fracaso del último intento de convertir la más dogmática versión soviética del realismo socialista en política oficial—, las nuevas ideas y paradigmas teóricos sólo pudieron ser ofrecidos al lector cubano en boca de teóricos de la Europa socialista, objetos, no obstante, de mayor o menor recelo ideológico —mayor si no eran soviéticos, búlgaros o alemanes. Pero en esta Europa, la producción teórica sobre la intertextualidad, aunque contaba con algunos textos precursores o tempranos (polacos y eslovacos), sólo se desarrollaría en la segunda mitad de los ochenta. Y sólo a fines de esa misma década volvería la intertextualidad a la agenda de *Criterios* en retroalimentadora respuesta al creciente interés local por el pastiche, la parodia, el *remake*, la cita y otras formas de intertextualidad, determinado sobre todo por la orientación creadora de la joven plástica de esa década, así como por el encuentro de un público nuevo con la edición cubana de Borges (1988), *El nombre de la rosa* y muchas otras muestras del arte posmodernista. En 1989, como invitado al II Encuentro Internacional de *Criterios* Manfred Pfister dicta en la Casa de las Américas, durante una semana, un ciclo de conferencias sobre la intertextualidad. Con la publicación de una de las conferencias leídas por Pfister, “¿Cuán posmoderna es la intertextualidad?” (núm. 29), *Criterios* comienza a ofrecer en todas sus entregas trabajos recientes sobre la intertextualidad de teóricos de toda Europa y Norteamérica: en el número especial de homenaje a Bajtín se encuentran “Dialogicidad y lenguaje poético” de Renate Lachmann; “Intertextualidades” de Heinrich Plett; “La intertextualidad y sus esferas: textos, géneros y mundos” de Ryszard Nycz; “La política de la parodia posmoderna” de Linda Hutcheon, y “La intertextualidad moderna y la posmoderna” de Pavao Pavlicic (este último, también publicado en el número 30). En el número 31: “Concepciones de la intertextualidad” de Manfred Pfister. En el número 32: “Acerca de la intertextualidad” de Michal Glowinski, y “El puesto de la intertextualidad en los estudios musicales” de Robert S. Hatten.

Sin embargo, quedaba en pie —en Cuba, pero, por asombroso que parezca, también en el resto del mundo— la necesidad de una edición o serie de ellas que pusiera a disposición del lector de manera sistemática y orgánica lo mejor del corpus internacional de la teoría de la intertextualidad. Eso es lo que pretende ser la *Summa intertextual* que he concebido, serie de cinco volúmenes antológicos

que dedicará cuatro tomos a la producción teórica de lengua francesa, polaca, alemana e inglesa respectivamente, y un quinto tomo a la de otras lenguas del mundo (eslovaco, croata, rumano, holandés, etcétera). El libro que tiene el lector en sus manos, aunque publicado como un título autónomo dentro de la colección *Criterios*, no es más que el primer volumen de esa *Summa*, entregado a *Criterios* en este aniversario, a fin de saldar una vieja deuda con Julia Kristeva, la cultura francesa y el público lector cubano.

Indiscutiblemente, tal *Summa intertextual* sólo podía comenzar con un volumen dedicado a Francia o, para ser más precisos, a la producción teórica francófona o de expresión francesa (enriquecida también por autores no franceses, como el canadiense Angenot o la brasileña Perrone-Moisés). Y ello no sólo por el papel desempeñado por los artículos y libros de la Kristeva en el origen y difusión del término y concepto, sino también porque en francés, y casi siempre en Francia, se publicaron muchos otros importantes textos hoy “clásicos” sobre el tema, como los de Jenny, Riffaterre, Dällenbach, Grivel y, muy especialmente, Genette, cuyo libro *Palimpsestos* (1982) fue el primer ambicioso intento de realizar una taxonomía sistemática de las numerosas formas de la intertextualidad, ilustrada con abundantes ejemplos literarios que van de la Antigüedad a nuestros días.

Hasta el principio de los años ochenta, la mayor parte de la literatura científica sobre la intertextualidad se escribió en francés. En la segunda mitad de los setenta aparecieron textos aislados en inglés (Culler, Ben-Porat, Perri, Schaar, el propio Riffaterre), eslovaco (Popovic), polaco (Glowinski), rumano (Vultur) y alemán (Zima). Y a partir del inicio de los ochenta se produjo una verdadera avalancha internacional de literatura teórica que incluye textos en holandés (Claes), croata (Pavlicic, Oraic, Biti), italiano (Segre, D’Ippolito), ruso (Torop), finés (Tammi, Pesonen), eslovaco (de nuevo Popovic), pero sobre todo en alemán (Lachmann, Stierle, Stempel, Broich, Pfister, Plett, Schmid, el propio Grivel), inglés (Leitch, Frow, O. Miller, Hutcheon, de nuevo el propio Riffaterre) y polaco (Nycz, Balbus, Glowinski, Bartoszynski, Bolecki, Markiewicz, Cieslikowska). Entretanto, los estudios intertextuales de expresión francesa fueron derivando de la teoría hacia los análisis de textos concretos, sin dejar de dar valiosos artículos teóricos, como los de Angenot, Arrivé, Grivel, Kibédi-Varga, Kryszynski, Riffaterre, Roventa, Ruprecht y Zumthor.

Si un reproche puede hacerse a la gran mayoría de los teóricos de la intertextualidad francófonos es su ahistoricismo, su desinterés en la dimensión histórico-social de la intertextualidad, su exclusiva atención a la ontología de

la intertextualidad, a la descripción y taxonomía de sus formas. Esto se hace particularmente evidente cuando se los confronta con los de lengua alemana, en su mayoría atentos a las funciones, la pragmática y la recepción social real de esas formas en el marco del proceso histórico-literario e histórico-social. Ese desinterés por la vida de la intertextualidad en la historia y la sociedad contrasta vivamente con la actitud que la Kristeva, ya en su artículo de 1967, percibía y celebraba en Bajtín (“Bajtín sitúa el texto en la historia y en la sociedad, considerados a su vez como textos que el escritor lee y en los cuales se inserta reescribiéndolos”)<sup>6</sup> y que en otra parte ella describió así: “Para el sujeto cognoscente, la intertextualidad es una noción que será el índice del modo como un texto lee la historia y se inserta en ella”.<sup>7</sup> Esa unilateralidad predominante no dejará de reflejarse en el contenido de nuestra recopilación.

Tal vez se pueda hablar de un “gran ausente” de esta antología: Roland Barthes. Pero su “grandeza” estaría dada, en ese caso, por la celebridad y relevancia de su larga trayectoria como ensayista, crítico y teórico, y no por el volumen e importancia de su contribución concreta a la teoría de la intertextualidad. En realidad, tres de sus artículos, “La muerte del autor” (1968), “De la obra al texto” (1971) y “Texto (Teoría del)” (1973), retoman muy brevemente, sin mayores desarrollos teóricos, la idea de la intertextualidad de todo texto, mientras que sus libros *El placer del texto* (1973) y *Roland Barthes por Roland Barthes* (1975), en vez de una teoría de la intertextualidad, proponen, también brevisísimamente y en polisémica prosa literaria, una erótica de la lectura panintertextual aleatoria que le quita toda utilidad analítica al concepto. He aquí una de sus poéticas definiciones del intertexto:

el intertexto no es forzosamente un campo de influencias; es más bien una música de figuras, de metáforas, de pensamientos-palabras; es el significante como sirena.<sup>8</sup>

<sup>6</sup> J. Kristeva, “Bakhtine, le mot, le dialogue et le roman”, *Critique*, núm. 239, abril de 1967, p. 439.

<sup>7</sup> J. Kristeva, “Problèmes de la structuration du texte”, *Théorie d'ensemble*, Seuil, París, 1968, p. 312.

<sup>8</sup> *Roland Barthes par Roland Barthes*, París, 1975, p. 51.

Y he aquí, íntegro, el único fragmento de *El placer del texto* que aborda el intertexto, un fragmento del que sólo se suele citar la primera parte de la última oración, y cuya no inclusión en el cuerpo mismo de la antología, junto a textos como los escogidos, el lector pronto comprenderá:

Leyendo un texto referido por Stendhal (pero que no es suyo), hallo en él a Proust por un detalle minúsculo. El obispo de Lescars designa la sobrina de su vicario general mediante una serie de apóstrofes preciosos (*mi pequeña sobrina, mi pequeña amiga, mi bonita morena, ¡ah, pequeña golosa!*) que resucitan en mí los dirigidos por las dos mensajeras del Grand Hotel de Balbec, Marie Geneste y Céleste Albaret, al narrador (*¡Oh! Pequeño diablo de cabellos de grajo, ¡oh, profunda malicia! ¡Ah, juventud! ¡Ah, bonita piel!*). En otra parte, pero de la misma manera, Flaubert, son los manzanos normandos en flor los que leo a partir de Proust. Saboreo el reino de las fórmulas, la inversión de los orígenes, la desenvoltura que hace venir el texto anterior del texto ulterior. Comprendo que la obra de Proust es, al menos para mí, la obra de referencia, la *mathesis* general, el *mandala* de toda la cosmogonía literaria —como lo eran las Cartas de Madame de Sévigné para la abuela del narrador, las novelas de caballería para Don Quijote, etcétera; eso no quiere decir en absoluto que soy un “especialista” de Proust: Proust es lo que me viene, no lo que yo llamo; no es una “autoridad”; es simplemente *un recuerdo circular*. Y eso precisamente es el inter-texto: la imposibilidad de vivir fuera del texto infinito —sea Proust, o el periódico, o la pantalla de televisión: el libro hace el sentido, el sentido hace la vida.<sup>9</sup>

Mientras que en esta antología incluyo a Barthes sólo paratextualmente, con gusto añadiría a una segunda edición de la misma, ya dentro de la *Summa intertextual*, un trabajo como “La huella del intertexto” de Michael Riffaterre, que llegó a mis manos después de emplanado el libro. Por último, debo señalar que de los catorce textos recopilados dos (los de la Kristeva y Genette) ya han sido traducidos y publicados en español. Sin embargo, he considerado conveniente que aparezcan en una nueva traducción.

<sup>9</sup> Roland Barthes, *Le plaisir du texte*, Seuil, París, 1973, pp. 58-59.